

# HOMILÍA FUNERAL HERMANO MARCELINO ALONSO ZÁRATE

San Asensio, 25.04.2018

Textos de la liturgia de la Palabra: Hechos 10, 34-43 / Juan 12, 23-28

Estimados Hermanos, familiares y amigos del H. Marcelino, compañeros lasalianos, celebrantes...

Nos hemos acercado hoy a San Asensio para despedir los restos mortales de nuestro Hermano Marcelino, y celebrar juntos la Vida en Cristo Resucitado.

La vida y la muerte llegan sin avisar, como presencias invisibles y compañeras que entretejen nuestro caminar y nos sorprenden en un inesperado encuentro, cara a cara. Vivir la vida sabiendo que a la vuelta de la esquina nos encontraremos con “la hermana muerte” da un sentido diverso, radicalmente diverso, a lo que somos y a lo que hacemos. En la profundidad de la conciencia de lo efímero de la vida, de su debilidad y caducidad, abrazada por la enfermedad, se encuentra aquel hondo instinto a vivir para siempre, la sincera aspiración (vivencia *espiritual*) de la eternidad.

En esta tarde, queremos celebrar este encuentro y este abrazo. La muerte de nuestro querido Hermano Marcelino nos lleva a cantar las maravillas que obra Dios en nosotros y en su mundo, y nos invita a manifestar la grandeza de una vida que ha derrochado bondad, generosidad y pasión.

Sea este un encuentro en el que no sólo compartamos nuestro dolor por su marcha entre nosotros, sino una oportunidad para bendecir y alabar al Dios de nuestra historia y de nuestra fe por el regalo de su vida, y por todos los gestos y jalones de su historia compartida, que han sido semilla de nueva vida.

Marcelino Alonso Zárate era natural de las tierras alavesas de Villanueva de Valdegovía. Sus padres, Macario y Julia, gozaron de él en 1922, hace ya 95 años. Su formación entre los Hermanos la comenzó en Bujedo un mes antes de haber cumplido los 12 años. Allí, y en Lembecq (Bélgica) siguió el aspirantado y postulanteado, culminando su noviciado y escolasticado en Bujedo, donde realizó su primera profesión religiosa en 1939. Pasó luego al colegio de San Marcial - Irun, al recién creado Distrito de Bilbao. El llamado año de segundo noviciado o de reciclaje lo realizó en Roma en el año 1974. A parte de los consabidos cursos de formación permanente para los Hermanos, se licenció en Santiago de Compostela en Ciencias Químicas. Corría el año 1960. Para entonces habían pasado 10 años por Irun, 5 en Santiago Apóstol. Los años de carrera los cursó en Zaragoza y en la universidad compostelana.

Se estrena como director en Eibar. Allí estuvo siete cursos y marchó a San Sebastián, como ecónomo, en el Escolasticado Técnico un par de años. Desde allí dio un pequeño salto a la Comunidad de Herrera, para ejercer como Subdirector. Tras dos cursos, se nos fue para Bilbao en el año 1971. Allí recaló en tareas de dirección, economía y docencia durante una larga temporada, animando también la experiencia de Educación Permanente de Adultos del Centro. Cambia de aires y en 1990, a sus 68 años, se embarca en la aventura Dominicana, en el Distrito de las Antillas, donde colabora con la misión lasaliana en Higüey y Santiago de los Caballeros, durante 7 años, animando también un grupo Signum Fidei.

A su regreso al Distrito está dos cursos como formador en el Postulantado de Ibarrekolanda. Cuando éste se cierra, se desplaza un kilómetro para volver a pertenecer a la Comunidad de Santiago Apóstol. Está 8 años, período en el que colabora con la Asociación Nagusilan, hasta que su salud le reclama en San Asensio. El verano del 2007 se traslada a la Comunidad de la Sagrada Familia, de la que formará parte hasta su fallecimiento.

Un largo camino el suyo, por el que podemos decir que pasó haciendo el bien, en seguimiento de Jesús de Nazaret y en fidelidad a su vocación lasaliana, siempre la presencia de Dios.

Marcelino ha sido una persona que con el tiempo ha realizado el viaje más apasionante de nuestras vidas. No se trata sólo de su estancia juvenil en Bélgica, de su audacia de aprovechar la jubilación para continuar su misión en República Dominicana o realizar algún proyecto de verano en Guayaquil (Ecuador)... Se trata del viaje que supone pasar de la cabeza al corazón.

Es de suponer que las responsabilidades que tuvo en su vida como administrador, director... le supondrían mantener criterios, tomar decisiones arriesgadas, fruncir el ceño. Sin duda que sus cualidades de inteligencia, saber convivir, creatividad, empatía con el mundo juvenil y adulto, buen humor... le ayudarían a que lo anterior no le dominase. Pero no olvidemos que también tuvo la afición como apicultor: algunas familias preguntaban por el Hermano de la miel... En su etapa postrera se le endulzó la vida, gozamos como una persona feliz, contenta y pacífica.

La civilización egipcia nos ha dejado escenas de recolección de miel en grabados y bajo relieves en las tumbas encontradas bajo las pirámides de aprox. 3500 AC. En el antiguo Egipto se creía que cuando el dios del Sol lloraba, sus lágrimas se transformaban en abejas al tocar el suelo. Para esta civilización la abeja era algo más, ya que sus productos se usaban en medicina, ritos funerarios y presentes a los Dioses. Hoy las abejas han trabajado en fabricar la cera de las velas y argizaiolas que le conducirán a Marcelino en su camino al abrazo eterno con el Padre. Gracias por el dulce regalo de tu vida.

El texto del evangelio que acabamos de escuchar nos ayuda a entrar en el corazón de la historia de nuestro querido Hermano Marcelino: *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24). Se nos habla de una opción decidida por el amor. Quien ama es feliz y tendrá vida eterna. Con estas palabras, Jesús nos hace la propuesta de una vida concreta y singular: Amados para amar. Su fidelidad creativa al Padre lo conduce a entregarse, sin reservas, con un amor sin límites. Por él –por su amor incondicional– lo dará todo, hasta entregar la vida. Éste es el misterio que estamos viviendo en este tiempo de Pascua.

Vivir dando vida no es fácil. Pero es lo que hizo Jesús. Con Él vamos recorriendo el camino de la vida, a través de encuentros y desencuentros, con nuestras fragilidades y nuestros dones, nuestros cansancios y nuestras desesperanzas... Pero siempre agarrados en el sueño que nos anima y nos acompaña: Aprender a vivir como Él vivió, hasta identificarnos con su mismo estilo de vida. Esta fue la propuesta de Jesús.

Y este ha sido el hilo que ha ido conduciendo tus frágiles pasos, Hermano Marcelino; sin marcha atrás, con la certeza que Él lo soporta todo; que Él lo puede todo. En Él has encontrado la fuerza y el sentido en el caminar. Él ha sido tu baluarte y tu único mentor. Y tu caminar se ha visto ya agraciado por la alegría definitiva de la Pascua, en el encuentro definitivo con el Padre. Tu vida ha sido este continuo camino de encuentro y búsqueda, de pasión y de compasión. Siempre una vida

orientada hacia los demás, con los brazos extendidos, en permanente e insaciable caminar. Un camino no exento de tropiezos y caídas, pero con la mirada siempre puesta en Aquel que te ha amado sin medida. Tu vida ha sido un canto de hijo esperado y amado, prójimo, abrazado y acogido, y en ella has testimoniado lo que en el Aleluya hemos proclamado, con ágiles pasos: "*Mirad qué amor nos ha tenido Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*" (1Jn 3, 1). Dios ha venido a llenar tu debilitamiento con su presencia. Esta es la expresión creíble, en este momento, de nuestra fe.

Hermano Marcelino: Has pasado a la otra orilla de la mano de Dios Padre, con los pies andariegos de un apostolado fecundo, singular y entusiasta, y con el corazón sazornado de la pasión por Cristo, por los niños y los jóvenes, y por los lasalianos. Tus tareas y afanes no se han perdido, han llegado a buen puerto.

Gracias por tu vida fraterna. Gracias por tus desvelos creativos y apostólicos, algunas veces no entendidos, otras queridos... pero con la sabiduría cierta que has cumplido lo que Dios te tenía reservado. Gracias por tu honda y apasionada espiritualidad de los sencillos. Gracias porque nos has dado a entender que la vida, toda vida, es una conquista por parte de Él. Éste ha sido el proyecto de Dios para contigo. Nos has tejido un canto vivo y fresco que, en sus notas y en sus silencios, nos armoniza la simplicidad del Evangelio.

Que todo tu ser, tu persona, tu vida, tu incansable peregrinar, sean hoy una ofrenda agradable al Padre Dios, y se convierta en semilla de nuevas llamadas y respuestas. Te ponemos en el altar, junto con Jesucristo, víctima y sacrificio, para que, en Él y con Él, seas resurrección y esperanza, vida plena para nuestra misión, y para que ya nada ni nadie te aparte del amor de Dios manifestado en Cristo. Que Él te conserve en su paz eterna.

Gracias a los Hermanos responsables de la enfermería de La Estrella, y a todo el personal de la misma, que habéis atendido al Hermano en sus momentos de debilidad. Gracias a los Hermanos de su Comunidad que han estado atentos a sus necesidades. Gracias a los familiares y amigos que le han acompañado en su camino. Habéis gozado del regalo que nos ha ofrecido la gratitud y la gratuidad de los sencillos.

Desde el cielo, intercede por nosotros, los lasalianos, por tu familia y tus amigos que te siguen queriendo, y sigue acompañándonos para que el mundo que siempre soñaste sea más humano y más hermano. Que tu presencia siga acompañando nuestra Comunidad de Hermanos –el Instituto– al que siempre has amado y por el que has dado todo. Nos has dejado un gran legado: ofrecer al Señor el deseo sincero de vivir como Hermanos y de ser semilla de fraternidad en cada uno de los lugares donde seamos enviados.

Hermano Marcelino, disfruta del abrazo con el Dios de la Vida.